

CARLO ALTINI, *La Fábrica de la Soberanía. Maquiavelo, Hobbes, Spinoza y otros modernos*, El Cuenco de Plata, Buenos Aires, 2005. 255 páginas.

El texto que se comenta en estas líneas es una muy interesante recopilación de ocho ensayos, cuyo punto de interés común está asociado con la pretensión de generar una historia de las ideas y la filosofía política en “fragmentos” o momentos, si bien el autor finalmente decidió ubicarlos bajo el tema general de la soberanía, el cual debe verse en un contexto más amplio de lo que la propia connotación implica.

Soberanía significa entonces una capacidad definida para el ejercicio de un poder público de orden colectivo en materia de la interpretación de los hechos. Por ello, esta condición es un derecho de existencia que, a su vez, depende de los factores de reconocimiento que le confieran actores similares, tanto en el plano de la legalidad como en el de la moralidad, para así ser posible su trascendencia dentro del escenario de la vida cotidiana. De esta manera, la soberanía puede estar sustentada en los demás valores míticos de la modernidad, como son la democracia, el progreso y la globalización.

En su primer ensayo, Carlo Altini discurre acerca de la metodología existente en torno al problema de la historia, sus formas de estudio e interpretación. Para ello, contrasta las percepciones de tres importantes pensadores, como son Arnaldo Momigliano, Robin G. Collingwood y Leo Strauss. La conclusión importante de este primer texto es situar y reconocer las “soberanías” que coexisten alrededor de las capacidades del lector-historiador, de los actores y del hecho histórico en sí y para sí, a efecto de señalar y reconstruir el sentido y alcance de los eventos que se

intentan explicar por la propia filosofía política.

El espacio de la acción política como parte expresiva de la tensión entre poder y fortuna concentra el interés del segundo trabajo recopilado por Altini. En este caso, compara las figuras de Maquiavelo y Platón con el fin de señalar la fragilidad del alcance de las leyes como una condensación de la virtud, si bien, se debe admitir la existencia de un ejercicio fáctico del poder que sólo se halla tamizado bajo las circunstancias del azar y las habilidades de adaptación y prudencia que posee el Príncipe para poder entender y aplicar en forma correcta el sentido de la legislación. El equilibrio entre capacidad y circunstancias es lo que debe permitirle un alejamiento de la condición tiránica donde por lo regular se termina cayendo, con lo que se abre paso a la corrupción entera de la sociedad y el Estado, así como a modificar la idea de la justicia por el argumento de la justificación.

La tercera reflexión de Altini aborda en forma específica el tema de la soberanía y su manifestación en tanto que cuerpo político. Para ello, retoma las aportaciones de Thomas Hobbes asumiendo que la soberanía es la construcción deliberada y racional de individuos que generan el artificio del Estado con la expectativa de arribar a una neutralidad colectiva ante este tercer actor que sea capaz de domeñar a las pasiones comunes.

Sin embargo, como bien destaca Carlo Altini, el concepto de soberanía pasó de una connotación teológica primigenia, que la veía como parte de un acto de fe idea-

lista encarnado en el Estado antipluralista, en tanto tenedor del “poder directo” y absoluto de la misma, para trasladarse a una utilización moderna y secular de dicha soberanía (propia de los sucesores liberales y críticos del hobbesianismo) que la fue asociando con una paulatina dispersión hacia las manos de los llamados “poderes indirectos” de la economía y el mercado, lo cual asume el principio de que se puede diluir y compartir entre diversos actores.

La cuarta estación en el trabajo de Altini discurre en torno a las conexiones entre Spinoza y Maquiavelo, particularmente respecto a los fundamentos de la estabilidad y el cambio políticos, que para el florentino se sustentan en la fuerza y el contexto, mientras que para el holandés remiten a la idea del derecho natural y el contrato social. Sin embargo, las posibilidades de la política para ambos pensadores se inspiran en la adopción de una férrea creencia en las condiciones antropocéntricas del propio ser humano, en tanto motivo de una nueva teología que pueda superar las amenazas de la decadencia del orden y el uso inadecuado de la libertad, cuestiones que son las que han impedido la existencia de las repúblicas virtuosas y, en cambio, orillan a la permanencia de las tiranías y los despotismos.

Tales desequilibrios entre las capacidades públicas y privadas del conflicto que atrapan al hombre político son motivo de una extensión de la problemática maquiavélica dentro del quinto ensayo de Altini, que se basa en la interpretación de Leo Strauss, a efecto de distinguir el papel de la sabiduría y la vía del justo medio para encontrar una ruta plausible que haga que el gobernante pueda situarse en la posibilidad de trascender y comprender las cosas

mundanas y místicas que combina el propio uso del poder soberano.

Por otra parte, los niveles o ámbitos materiales de manifestación de la política implican aceptar la presencia de una mayor libertad que puede desplazarse desde la pequeña política hasta llegar a los ámbitos de la globalidad. En este sentido, Altini recupera en su sexto análisis, la clásica polémica surgida entre Carl Schmitt y Leo Strauss para entender el legado hobbesiano en referencia del Estado y la esencia de lo político. Altini se coloca del lado de Strauss, tratando de hacer ver que la visión schmittiana ubica a Hobbes como un antiliberal que rechaza el papel del artificio señalado por la sociedad civil moderna, cuando su objetivo sería precisamente el contrario en Strauss, por cuanto observa a dicha sociedad como un instrumento que intenta darle una naturaleza aceptable, dentro de su imperfección, a los propios seres humanos en su convivencia pública y política. En donde Schmitt observa frivolidad y juegos, que se desplazan en escenarios inciertos donde se pronostican los siguientes conflictos entre amigos y enemigos, Strauss implica la idea de un orden que conduce racionalmente al acuerdo como fuente de la política.

Dicha pretensión de universalidad y certidumbre en una potencia política, fuera de la condición divina o natural, hace que la teología defina un objetivo epicéntrico en el propio ser humano. De ahí que Altini dedique un séptimo espacio en su libro al problema de la profecía y el destino que se sitúan en una condición politeísta. Apoyándose en los trabajos de Gershom Scholem y Hans Jonas, Altini nos habla del empobrecimiento dentro del repertorio político de elementos tales como la ideolo-

gía o la cosmovisión, subyugadas por una nítida entronización de la negatividad y el escepticismo apocalíptico de una historia sin utopías. En este sentido, la soberanía humana ha venido perdiendo los atributos de la imaginación y cada vez se enfrenta a posibilidades históricas más reducidas.

Como puede advertirse, la vigencia del concepto de un Estado homogéneo que subyuga a los individuos heterogéneos a través de los tiempos, representa un tópico de constante preocupación para definir los atributos y límites que sigue manteniendo la civilización moderna, no sólo para demostrar sus condiciones de autonomía, protección y reconocimiento de los derechos para un pueblo y sus ciudadanos, sino también para la preservación de un modelo de prácticas culturales que guíen al curso cotidiano de los actores e instituciones políticas en la toma de decisiones dentro de una sociedad.

De esta manera, Altini asume que el vínculo entre concepto y uso hace necesario emprender un recorrido analítico, a los que dedica su octavo y último ensayo, mediante el contraste de pensadores como Strauss, Carl Schmitt o Alexandre Kojève, a efecto de percibir los elementos filosóficos centrales que sostienen la importancia del debate en torno a la misión de la historia, la filosofía y los demás mitos políticos de la modernidad, pero sin confundir pasado y presente.

En este aspecto, Altini trata de inscribirse en la idea de que resulta entonces importante diferenciar el agotamiento del estatismo y no confundir al mismo con el final de la política o la historia. En todo caso, las transformaciones resultantes de dichos procesos ofrecen a los individuos la posibilidad de “reinventar” la

política mediante el propio ejercicio de la soberanía, el atributo máximo de la autonomía humana.

Visto de esta manera, Altini asume que la liberación de lo humano debe ser consciente de que no puede dejar individuos inconexos con respecto al mundo que les rodea. Ésta es una de las paradojas más significativas de la modernidad, en tanto que se posee la posibilidad de encontrar múltiples contextos para la creación, la imaginación y las capacidades, pero al mismo tiempo, dichas oportunidades formales en materia educativa, vocacional y afectiva se encuentran brutalmente canceladas por la economía de mercado.

La vindicación de una sociedad de seres soberanos marca una de las demandas más fuertes en la búsqueda de una certidumbre racional y emocional a la vida. En este sentido, Altini nos previene de una globalización que nos coloca en el ámbito de la pobreza material y espiritual –siendo esclavos que estamos atados ahora a cadenas virtuales de consumos e intereses, o a fundamentalismos en donde pretendemos refugiarnos para defendernos de un entorno cada vez más violento e intolerante para muchos.

Por las razones antes expuestas, se puede concluir recomendando la lectura de este libro, ya que si bien es amplio en su radio de intereses temáticos, en realidad condensa una impresionante cantidad de vasos comunicantes entre los ensayos que lo integran, a partir de la preocupación existente acerca de lo que el hombre puede seguir haciendo o no desde la política, en tanto expresión de su autonomía y de su trascendencia creativa.

VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN